

mo cualquier vate del jaez de Salvador Rueda, en estrofas como ésta:

«Su mar de azul deslumbrante
un narcótico parece
con su reir fascinante
que el corazón adormece
en un ensueño flotante».

—¿Te parece a tí que a mí me gustaría estar con el corazón adormecido en un ensueño flotante? ¿Por quién me has tomado? Cierto es que falta en España un poeta que cante las glorias nacionales, tan numerosas y dignas de pasar a los anales de la historia; pero yo no no aspiro a tanto honor.

—Decididamente, tendré que dejarte por imposible. ¿Se puede saber por qué reniegas del dón que te dió la naturaleza?

—Sin más arroveos te lo voy a decir, aunque ello te dé ocasión para hacer un chiste pésimo. Yo abomino de ser hombre, quisiera ser un *irracional*.

—¡Ave María Purísima! Más irracional...

—Sí, hombre, sí, más irracional todavía que nuestros políticos y toreros.

—Y ¿qué causas te condujeron a desear esa extraña condición?

—¿Cómo? ¿Así estamos? ¿Pues no has notado que la especie humana va de capa caída? Hoy la divisa de nuestra sociedad contemporánea es esta: «Todo por los animales y nada por los hombres». Es decir: «todo por los animales, y a nosotros que nos parta un rayo». El bienestar del género humano es una tontería que pronto pasará a la historia como todos los idealismos sin importancia. Lo que hoy reclaman todas las conciencias, es la inmediata *liberación* de nuestros hermanos inferiores.

—Me dejas patitieso.

—Así es, sin embargo. Observa, y verás que cada día se funda una nueva liga para proteger a los pájaros, a los peces, a los caballos, a los perros, a los gatos y a los borricos, salvo sea tu respeto. En París y en Londres hay hospitales, asilos de convalecencia y cementerios especiales para los anima-

les, y pronto les concederán un retiro con el cual podrán pasar la vejez dichosos. Todo este movimiento tiene una mala repercusión para nosotros, para los racionales. La miseria de las grandes y pequeñas poblaciones aumenta; los patronos empiezan a rebajar los jornales y a aumentar las horas de trabajo; el comerciante envenena más los productos alimenticios y sube los precios. Así, si no nos morimos de fatiga, pereceremos por lo menos de inanición.

—Creo que exageras una miaja...

—¡Ca! No lo pienses. ¿Crees tú que los cien mil sin pan y sin abrigo que hay siempre en París y los millones de los mismos que hay en Londres, no desearían estar en la pelleja del perrito que llevan las *elegantes* bajo el abrigo de perfumada seda?

—Pero esto no quiere decir que esté a la orden del día el desprecio de la especie humana.

—Poco menos. ¿Qué más desprecio quieres que oír a ciertas señoras exclamar con frecuencia al lado de personas que ni han comido ni tienen cuatro guiñapos para malamente cubrirse? «¡Oh!, pobre Tutú, pobre perrito mío! Figúrese usted que no hay manera de hacerle probar media chuleta... Desde que se me ha resfriado... Me da más disgustos. Y todo porque un día durmió sin cubrirse...»

—De todas maneras, con poco te conformas al querer abdicar de tu varonil condición. Todas esas comodidades son deleznable.

—No es solamente por las comodidades. Es que así podría vivir tranquilo. Porque ya sabes que los animales no tienen entendimiento.

—¿Y eso te entusiasma?

—Pues, naturalmente. ¿Qué más felicidad se puede buscar actualmente hoy que tanto se cultiva la asnería? Piensa, por ejemplo, en cualquier rucio. ¿Crees tú que él se emociona con la apertura de las Cortes, con las regatas, con los viajes de *él*, con el nuevo y octavo parto que pueda tener *ella*, con las estrofas de Rueda, ni con todos los novelones y otras necesidades